

El texto griego y la traducción inglesa vienen impresos en páginas alternas. Algunas imprecisiones en la traducción de los primeros dichos no restan importancia ni mérito a la versión, que estimulará los estudios en torno a unas *Sentencias* casi olvidadas por la patrología contemporánea. Hace falta aún, en concreto, un comentario explicativo del origen literario y filosófico de cada sentencia, así como aclaratorio de su alcance espiritual.

JOSÉ MORALES

Ulrich BERNER, *Origenes*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft («Erträge der Forschung», 147), 1981, 125 p., 19 x 12.

Es muy afortunado que la serie *Erträge der Forschung* —dedicada a exponer con cierta amplitud el *status quaestionis* de temas teológicos y humanísticos— añade a su nutrida relación de títulos un volumen sobre la debatida e importante figura de Orígenes. El presente trabajo se describe como una continuación del estudio bibliográfico de H. Crouzel (*Bibliographie Critique d'Origène*, Instrumenta Patristica viii, 1971, 685 pp.), aunque se trata en realidad de una contribución paralela y más bien antagónica, por cuanto que el autor ofrece, al ordenar y resumir las obras sobre Orígenes, sus propias opciones interpretativas no coincidentes con las de Crouzel. Berner pasa revista a unos cuarenta estudios, cuyo tiempo de composición se extiende desde las primeras décadas del s. xix hasta la reciente obra de Pierre Nautin (*Origène: sa vie et son oeuvre*, Paris 1977, 474 p.), que es brevemente mencionada como biografía en las páginas iniciales (3-4). La exposición de cada libro es relativamente orientadora a pesar de su obligada concisión. El autor ha procurado *dejar hablar* a los diferentes tratadistas de Orígenes, que explican al lector con sus mismas palabras las tesis centrales de sus obras.

Berner ordena la exposición según el criterio de lo que llama trabajos sistemáticos y no-sistemáticos sobre Orígenes. Equipado con esta idea de la investigación origeniana, distribuye la mayoría de las obras en dos grandes secciones ordenadas cronológicamente. Los estudios *sistemáticos* consideran preferente y a veces exclusivamente a Orígenes como un pensador filosófico en el que los aspectos específicamente cristianos resultarían secundarios. Esta perspectiva domina en autores protestantes como A. Harnack (1886), R. Seeberg (1895), E. de Faye (1923), H. Koch (1932) y F. H. Kettler (1960, 1966). El segundo grupo de obras contiene las interpretaciones *espirituales* de Orígenes y agrupa a autores como G. Bardy (1931), W. Völker (1931), A. Lieske (1938), H. de Lubac (1950) y H. Crouzel (1956, 1962).

La relación se cierra con un tercer grupo de obras que Berner denomina *estudios mediadores*, porque tratan de unificar los aspectos filosóficos, exegeticos y espirituales de Orígenes en una síntesis o visión de conjunto. Aparecen aquí los trabajos de R. Cadiou (1935), U. Wickert (1965) y,

sobre todo, los de J. Danielou (*Origène*, Paris 1948) y Margueritte Harl (*Origène et la Fonction révélatrice du Verbe Incarné*, Paris, 1958). «On peut dire —escribe Danielou— qu'on trouve à la fois chez Origène les deux aspects qui constituent le vrai théologien: l'effort de systematisation d'une part —et en même temps le refus de gauchir la vérité révélée pour la plier aux exigences du système et l'acceptation ainsi d'une certaine incohérence» (p. 306).

Estima, sin embargo, Berner que los dos grandes concedores actuales de Orígenes —H. Crouzel y F. H. Kettler— permanecen en campos opuestos y que por lo tanto no se habrían aceptado las tesis mediadoras de Danielou. Puede afirmarse sin duda que la interpretación sistemático-filosófica de Orígenes sigue representada en la patrística contemporánea, pero debe añadirse que la mayoría de los especialistas se han agrupado —a veces con reservas menores— en torno a las tesis de Crouzel.

En realidad el panorama de los estudios origenianos es mucho más complejo y no admite una ordenación tan sencilla y lineal como la propuesta por Berner. El Orígenes espiritual de los Comentarios bíblicos no puede ser sacrificado al especulativo, influido en exceso por los esquemas griegos de pensamiento, y en este sentido se han impuesto en buena hora las interpretaciones equilibradas de Völker, Danielou y Crouzel. Pero éste último se ha excedido quizás en el esfuerzo por salvar a ultranza la ortodoxia de Orígenes en las cuestiones de protología y escatología. Permanecen válidas las consideraciones de Ivanka (cfr. *Plato christianus*, Einsiedeln, 1964, 101 s.), que resumía su juicio sobre Orígenes con las siguientes palabras: «domina en él esencialmente una intención de pensamiento cristiano, pero por carecer de una noción cristiana de creación su propósito intelectual se desarrolla en base a elementos neoplatónicos y con un cierto estilo gnóstico de razonar, de modo que los contenidos cristianos son desfigurados en alguna medida por la ontología neoplatónica de los grados del ser y las semejanzas formales con los mitos del gnosticismo» (cfr. pp. 143-144).

La patrística moderna tiene muy en cuenta estas consideraciones y trata de determinar si los asertos de Orígenes en el tratado sistemático *De Principiis* han de estimarse tesis teológicas o simples conjeturas. Todos los autores insisten en que Orígenes debe ser leído en el marco doctrinal de su tiempo. «Hay que intentar comprender su postura —escribe Fernando Mendoza—. Su deseo de ortodoxia fue siempre claro (cfr. *De Princ.* prefac. 2). Sus fallos, por tanto, merecen una explicación. En muchos casos la doctrina misma católica no estaba suficientemente explicada, y faltaba aún en su época la definición dogmática que sancionara asuntos concretos... En otros casos puede incluso tratarse de doctrinas en sí ortodoxas claramente poseídas como tales por Orígenes, pero desacertadamente glosadas a la hora de intentar su transmisión a la posteridad» (GER, vol. xvii, Madrid, 1973, 455).

Hay que decir en cualquier caso que el estudio del *De Principiis* ha devenido una actividad erudita, sin incidencia en la teología del presente. Nadie considera a Orígenes testigo cualificado en la tradición de la Iglesia respecto a la escatología. Pero sus excesos sistemáticos no disminuyen su importancia como autor espiritual, pionero en la crítica del texto bíblico, apologeta y hombre de Iglesia.

Llama la atención que Berner no mencione la importante obra del francés Huet (*Origeniana* —s. xvii— Migne PG xvii, 633-1284), que es para muchos una de las exposiciones más exactas e inteligentes del pensamiento de Orígenes. Podría también haber dedicado más atención al reciente libro de P. Nautin (*Origène*, 1977), que aporta valiosos datos críticos a la investigación origeniana y refuerza decisivamente las tesis de Völker, Danielou, Harl y Crouzel en contra de la interpretación racionalizante de Harnack, De Faye, Koch y Kettler. En Orígenes debe verse al intérprete cristiano del Evangelio mucho más que al filósofo griego.

JOSÉ MORALES

*Arnobe, Contre les Gentils, Livre I*, texte établi, traduit et commenté par HENRI LE BONNIEC, Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1982, 395 pp., 20 x 13.

Arnobio es el autor cristiano que escribe la última apología compuesta antes del fin de las persecuciones. Pertenece como Tertuliano y Lactancio, que fue su discípulo (cfr. Jerónimo, *Viris ill.*80), al grupo de escritores africanos que forman un capítulo central de la Patrología latina. Arnobio compuso siete libros *Adversus Nationes* o *Adversus gentes* entre los años 297 y 303, obra importante por sus tesis sobre las relaciones entre fe y razón, y por ser nuestra fuente más completa acerca de la religión y filosofía paganas en los siglos iii y iv.

Reciente convertido al Cristianismo cuando escribe su apología, Arnobio manifiesta con frecuencia su conocimiento todavía imperfecto de la S. Escritura y de algunos aspectos de la doctrina cristiana. A pesar de todo, el *Adversus Nationes* consigue su propósito de denunciar convincentemente las culpas paganas y establecer una doctrina de Dios que debería permitir a cualquier hombre religioso acercarse a la figura de Jesucristo.

La presente edición contiene el *libro primero*, que constituye la apología propiamente dicha y está formado por 65 breves capítulos. El autor refuta con emoción y elocuencia las acusaciones paganas de que la divinidad ha retirado su protección al Imperio a causa de los cristianos (cc. 1-6; 13-28); examina el problema del mal (cc. 7-12); expone una concepción monoteísta influida en exceso por las ideas filosóficas sobre Dios (cc. 29-35) y habla finalmente de Cristo, su Encarnación y sus milagros (cc. 42-65).

La larga e interesante introducción de H. Le Bonniec (pp. 7-108) se apoya fuertemente en los trabajos previos de Paul Monceaux, *Histoire Littéraire de l'Afrique chrétienne*, III, 1905 (1966) 241-286 y George E. McCracken, *Arnobius of Sicca, The Case Against the Pagans*, Westminster, 1949. McCracken ha sido el primer patrólogo que dio a conocer al gran público culto en esta traducción el texto completo —los siete libros— de Arnobio. Para cuestiones más concretas, Le Bonniec sigue a H. Hagendahl (1958, presunta influencia de la filosofía epicúrea sobre el apologista), E. Micka (1943, la ira divina) y J. van der Putten (1971, concepción de